

# LA LITERATURA TESTIMONIAL ESPAÑOLA Y LA EXPERIENCIA DE LOS CAMPOS DE INTERNAMIENTO FRANCESES: UNA APROXIMACIÓN AL CORPUS

JAVIER SÁNCHEZ ZAPATERO  
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

## 1. LA EXPERIENCIA DE LOS CAMPOS FRANCESES DE INTERNAMIENTO

Conscientes de que desarrollar su vida en España en circunstancias normales iba a ser imposible, y de que tanto su integridad como, incluso, su propia existencia corría serio peligro en la España de Franco, miles de simpatizantes republicanos –se estima que en torno a 250.000- cruzaron la frontera rumbo a Francia al finalizar la Guerra Civil.<sup>1</sup> Marcharon con la esperanza de encontrar una libertad que sabían imposible en España, pero pronto comprendieron “que las penalidades de los años de guerra no habían terminado” (Soldevilla Oria, 2001: 49).

Así, fueron instalados en unos espacios a los que el gobierno galo llamó, de forma eufemística, “campo de acogida”, pero a los que los internados siempre se refirieron como “campo de concentración” –denominación más precisa, a tenor de sus características-. Algunos de ellos, Argelés-sur-Mer y St. Cyprien, no eran más que grandes espacios playeros rodeados por líneas de alambradas custodiadas por agentes y miembros del ejército, generalmente de origen senegalés.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> En sentido estricto, el éxodo masivo comenzó con la caída del frente de Aragón y, sobre todo, con la toma de Barcelona por parte del bando sublevado, acaecida el 26 de enero de 1939.

<sup>2</sup> El hecho de que los campos estuviesen situados en una playa, lugar habitualmente relacionado con el disfrute hedonista, fue utilizado por algunos

No había, evidentemente, condiciones de habitabilidad algunas:<sup>3</sup> la comida era escasa, el frío era tal que muchos internados se vieron obligados a cavar agujeros en la arena en los que dormir, la higiene y la atención médica eran nulas...:

El campo de concentración propiamente dicho, no tenía, al crearse, ni una tienda de campaña, ni una barraca, ni un cobertizo, ni un muro, ni una hondonada, ni una colina; ni tampoco árboles, arbustos ni piedras. Es en la playa abierta y arenosa frente al mar y, tierra adentro en terrenos eriazos y viñedos escuetos, donde han vivido y viven los refugiados de España. Es decir, que los cien mil hombres alojados en Argelès no tuvieron en un principio abrigo de ninguna especie, ni fuego para contrarrestar el frío invernal, ni un techo que les resguarda del cierzo, ni una pared que les defendiera de los aires marinos (*Carta al presidente Cárdenas* [detallando las condiciones de los refugiados españoles en los campos franceses, escrita por Isidro Fabela tras visitar Argelès], recogida en Caudet, 2005: 89).

Semejante situación, unida al desprecio con que fueron tratados,<sup>4</sup> provocó que los españoles se sintieran doblemente derrotados, incapaces de comprender que, de nuevo, su lucha por unos ideales políticos e ideológicos les hubiera llevado a ser denigrados y maltratados. A pesar de que con el paso del tiempo el gobierno francés fue construyendo nuevos campos mejor equipados como los de Gurs o Vernet –que convivieron con otros que, situados en el Norte de África, funcionaron como auténticas áreas de trabajos forzados-, jamás perdieron los españoles la sensación de ser humillados por la población francesa que, con lógicas excepciones, “mostró, desde un

---

refugiados como Agustí Bartra (1970: 7) para, al recordar sus vivencias, reflexionar sobre el contraste entre el ilusionante y feliz pasado –ilusionante y feliz– y el dramático presente: “Un mes antes [de que el campo se construyera], la playa de Argèles estaba desierta. Las gaviotas volaban alegremente en su cielo, y sus arenas eran un cinturón de oro entre el agua azul y el verde valle. Pero ahora se extendía allí una ciudad de cien mil habitantes” (Bartra, 1970: 7).

<sup>3</sup> La falta de infraestructuras se agravaba por el hecho de que las localidades en cuyas playas se instalaron los campos eran “pequeñas poblaciones de pescadores, manifiestamente incapaces y desbordadas frente a las necesidades de los miles de recién llegados” (Chueca, 2007: 26).

<sup>4</sup> “En 1939, durante la visita de una delegación a los campos de los Pirineos Orientales, un capitán [...] golpea a un miembro de la delegación con la fusta. Avergonzado de su error, se disculpa de este modo: “¡Creía que era usted español!” (Testimonio del prisionero Antonio Miró recogido en Rafeaeneau-Boj, 1995: 161).

comienzo, su hostilidad a los refugiados, azuzada por los prejuicios políticos y por los viejos fantasmas nacionalistas” (Caudet, 2005: 75). Según Josu Chueca (2007: 17), “la crisis económica [...], la zozobra que suponía recibir a unidades del ejército, en un marco de seguridad creciente internacional, llevó a que la compasión hacia los derrotados se transformase [...] en desconfianza y hostilidad”.<sup>5</sup>

Varios de los miembros del numeroso colectivo que huyó a Francia y sufrió los rigores de la experiencia concentracionaria dejaron testimonio –desde prismas ficcionales en algunos casos y estrictamente autobiográficos en otros- de su experiencia entre alambradas: Eulalio Ferrer, Celso Amiela, Avel·lí Artís-Gener, Rafael Dieste, Manuel Andújar, Silvia Mistral, Manuel Altolaguirre, Max Aub, Antonio Ros, Virgilio Botella, Jaime Espinar, Cecilia de Guilarte, Manuel García-Gerpe, Agustí Bartra, Lluís Ferrán de Pol, Xavier Benguerel, Agustí Centelles, etc. En general, y a pesar de las diferentes características formales que presentan, sus textos aparecen vinculados, además de por la análoga experiencia a la que hacen referencia, por su denuncia de las condiciones vividas en los campos y por suponer un elemento de cohesión para un colectivo como el republicano, condenado a la dispersión y al desarraigo desde su salida del país. Su dimensión social fue puesta de manifiesto por Manuel Andújar (1990: 11), quien manifestó en el prólogo de su obra testimonial –*Saint Cyprien Plage. Campo de concentración*- que ésta “sólo tendría sentido si contagia[ba] –o reaviva[ba]- la esperanzada angustia que fue su motivo”.

No obstante, no se ha de caer en la tentación de identificar estas obras con meras denuncias de lo vivido por los republicanos. Resulta indispensable para comprenderlas atender también a su carácter catártico.<sup>6</sup> En determinadas ocasiones, la escritura puede adquirir un valor liberador, pues, como ha señalado Francisco Caudet (2000: 25), “si narrar –que es una forma, como otras muchas, de actuar, no cura el

<sup>5</sup> Al mantenimiento de esta actitud contribuyeron las decisiones políticas tomadas por el gobierno francés que, desde 1938, promulgó diversos decretos y circulares para “librar al país de elementos extranjeros inadmisibles” y “vigilar a quien infringieran las reglas de hospitalidad del país” (Chueca, 2007: 17).

<sup>6</sup> Este carácter liberador, que hace de los testimonios “literatura de urgencia”, puede ser demostrado atendiendo tanto al hecho de que para algunos autores como Andújar, Ferrán de Pol o Mistral el relato de su paso por los campos supuso su primera incursión narrativa como a que autores como Andújar o Aub escribieran sus experiencias en el campo de concentración, “con las rodillas como pupitres” (Andújar, 1990: 14).

dolor, al menos lo alivia”. Max Aub fue consciente de haber podido resistir a las terribles condiciones de vida a las que fue sometido en los diversos centros de concentración en los estuvo preso –permaneció internado en Roland Garros y Vernet antes de ser trasladado a Djelfa, en pleno desierto africano– gracias a la capacidad regeneradora de la literatura, capaz de dotar de sentido a una experiencia caracterizada por el horror y el sufrimiento, tal y como expuso en el prólogo de *Diario de Djelfa*, el poemario que le inspiró su paso por el campo argelino:

No son estos versos –memorias o diario-, “ligeros y ardientes hijos de la sensación”, ni fueron escritos en “el instante en que, puro y tranquilo, sereno y revestido, por decirlo así, de un poder sobrenatural, mi espíritu los evoca”, sino hijos de la intranquilidad, del frío, del hambre y de la esperanza –o de la desesperación-. Que el destino nos depara los temas y no nos toca sino desarrollarlos a la medida de nuestras fuerzas. [...] Fueron escritas estas poesías en el campo de concentración de Djelfa, en las antiplanicies del Atlas sahariano; les debo quizá la vida porque al parirlas cobraba fuerzas para resistir al día siguiente (Aub, 1998: 21).

Desde este punto de vista, los testimonios de los internados han de integrarse en un paradigma superior: el de la literatura exiliada, en la que, tal y como ha evidenciado Mercedes Acillona (2010: 9), “la escritura [...] actúa como instrumento salvífico que permite mantener en pie la vida y la identidad”<sup>7</sup>. Y es que las vidas de los exiliados –y, en consecuencia, las de internados en campos franceses, que a su condición de presos sumaban la de desterrados– parecen concebidas para ser contadas, como si sólo a través del relato biográfico se pudiera descubrir la verdadera esencia del sujeto creador. Tanto en los campos como en el exilio el ser humano se encuentra en su estado más puro, sin el manto protector de su comunidad, por lo que necesita afirmar su personalidad a través de la palabra. La confesión sobre su propio ser es el único medio existente para dotar de sentido a una experiencia que, además de truncar expectativas vitales, provoca el aislamiento total del hombre de sus asideros sociales y afectivos. Los

<sup>7</sup> De hecho, estudiosos como Jean François Chiantaretto (1995) han llegado a afirmar que los textos autobiográficos admiten una lectura desde prismas psicoanalíticos y, como tal, pueden convertirse en elementos al servicio de la cura de un sujeto cuya identidad se muestra escindida o sometida a continuas crisis.

propios internados en campos de concentración han insistido en que las dos necesidades básicas que habían de cumplimentar para sobrevivir a su encierro eran “comer y contar”.

## 2. LA CAPACIDAD DE “HACER MEMORIA”

Al dar cuenta de su día a día en los campos, los testimonios de los internados desarrollan una función cognitiva, pues suponen una de las únicas fuentes de información de la sociedad para comprender lo que supusieron los recintos concentracionarios.<sup>8</sup> De hecho, tal y como ha expuesto Claudie Nickel (2019: 71), “gracias a la publicación de estas obras (...) se conoció la existencia de los campos en Francia”. Son, por tanto, ejemplos que demuestran de qué forma la literatura puede adquirir un valor cognitivo, “hacer memoria” (López de la Vieja, 2001: 121) y convertirse en un discurso portador de valores y conocimientos que trasciendan lo meramente estético.

La pertinencia de la escritura de autobiografías, memorias y diarios por parte de los presos vendría dada, por tanto, por su carácter de “sujetos-históricos”. Como víctimas de una experiencia dramática y cruel, pueden ofrecer un testimonio basado tanto en la descripción de lo vivido como en las sensaciones generadas por todo lo sufrido y convertir su obra en un ejercicio de memoria ejemplar. Para Josebe Martínez (1998: 328), el deber de los internados de testimoniar viene provocado por el hecho de que su memoria implica “la otredad, la alteridad, el otro, [pues] es la que contesta y contradice, la que cuestiona los postulados históricos hegemónicos”. Así también lo ha mostrado Francie Cate-Arries (2004: 16), quien ha señalado que uno de los objetivos básicos que buscaron quienes escribieron sobre su encierro fue apropiarse de la representación de los campos de concentración para defender ante la comunidad internacional su legitimidad y su autoridad moral y contraponerlas al franquismo.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> La función informativa de estos textos se sobrepone a la poética, provocando con ello que su valor resida, más que en la expresión, en el contenido. Así se explica que en mismo corpus puedan convivir escritores que ya habían desarrollado una ingente obra literaria –como Aub o Altolaquirre– con otros que comenzarían pronto a hacerlo –como Andújar o Mistral– e incluso con otros que, dedicados a otros quehaceres profesionales –como Centelles, fotoperiodista– no tendrían relación con la literatura en su trayectoria posterior.

<sup>9</sup> Según Cate-Arries (2004), autora de uno de los manuales de referencia sobre el estudio de la literatura testimonial de los refugiados en los campos franceses – *Spanish Culture behind Barred Wire: Memory and Representation of the French*

En su condición de víctimas, los autores son conscientes de que la suma de sus relatos testimoniales puede ser un instrumento al servicio de la lucha política y del cambio social al oponerse a la visión “oficial” de la Historia efectuada desde el poder, identificado en este caso con el régimen de Franco. Como ha expuesto López de la Vieja (2003: 106), “las experiencias del sufrimiento no forman parte de las crónicas al uso”. En consecuencia, quien ha sido testigo –y víctima– de la barbarie, de la intolerancia, de la violencia o del horror y ha comprobado cómo su dolor ha sido ignorado al mismo tiempo que la intolerancia con la que se le trató ha sido legitimada hace de su testimonio –y del relato de la verdad de los hechos que incluye– un elemento a favor del conocimiento y de la ética. Por eso, como ha evidenciado Alicia Molero (2000: 63), “en épocas de conflictividad social y política [la autobiografía] se constituye en un documento de acreditación”. La importancia del valor documental de los textos autobiográficos llevó a Ken Plummer (1989) a denominarlos “historias de vida” o “documentos personales”, equiparándolos así con otras fuentes de información sobre el pasado.

Es interesante, en ese sentido, observar cómo Aub –el único autor de la literatura española para el que la estancia en los campos de concentración supuso la génesis de un tópico recurrente en su producción, desarrollado en relatos, poemarios, obras de teatro y la novela *Campo francés*–<sup>10</sup> muestra en varios de los relatos que escribió basándose en su estancia en los campos el deseo de “no olvidar”. La importancia de la memoria –que ha de consignarse en un doble sentido: literatura que nace del recuerdo y literatura que nace para poder recordar– se expone, por ejemplo, en relatos como “Historia de Vidal” o “El cementerio de Djelfa”, en los que el narrador homodiegético interpela continuamente a los personajes a los que se

---

*Concentration Camps, 1939-1945*–, los otros objetivos fundamentales perseguidos por los textos fueron la constitución de los campos en simbólicos “lugares de memoria”, la labor de resistencia frente al régimen de Franco y el papel determinante que tuvieron al servicio de la configuración de la identidad política del exilio republicano.

<sup>10</sup> Aunque Jorge Semprún también sufrió los rigores del internamiento, dejando constancia escrita de ello de forma sistemática y casi obsesiva al hacer de la reflexión sobre su estancia en el campo alemán de Buchenwald tema central e ineludible de su obra, como se puede apreciar en *El largo viaje*, *Viviré con su nombre*, *morirá con el mío*, *La escritura o la vida* o *Aquel domingo*, no puede considerarse representante de la literatura española al ser el francés la lengua en la que compuso originariamente sus producciones

dirige con expresiones como “yo no sé si te acuerdas de él”, “te tienes que acordar”, “¿no te acuerdas” (Aub, 2006: 142) o “¿recuerdas a Herrera?”, “¿te acuerdas de aquel francés?” (Aub, 2006: 416 y 417). El recurrente uso de estas expresiones ha de entenderse por el deseo del autor de hacer que permanezca vivo en la sociedad lo sucedido en los campos de concentración. Cuando el narrador se dirige a su interlocutor diciéndole “te tienes que acordar” no sólo está intentando que logre acordarse de uno de los compañeros del campo para poder contextualizar correctamente la historia que le va a contar, sino que también y sobre todo le está ordenando que no olvide lo vivido en el campo, que recuerde todo lo sucedido para poder dar cuenta a las nuevas generaciones del horror que fue vivir entre alambres de espino. De hecho, “El cementerio de Djelfa”, relato epistolar en el que un superviviente del campo se dirige, años después del internamiento, a uno de sus compañeros de presidio, termina con la queja del narrador ante el olvido en el que han quedado muchos de los que compartieron con él la amarga experiencia:<sup>11</sup>

¿Quién se acuerda de ellos? ¿Quién les va a agradecer que murieran aquí, en los confines del Atlas sahariano, por defender la libertad española. Nadie, absolutamente, nadie (Aub, 2006: 422).

No fue Aub el único que se lamentó de que la lucha de los prisioneros por la democracia, la libertad y los ideales republicanos tuviera como únicas consecuencias la derrota, la humillación y el olvido. Eulalio Ferrer (1988: 239) incluyó en *Entre alambradas* el poema “Argelès... Argelès”. Cantado de forma habitual por los internos del campo, la composición terminaba con los versos “mierda por todos los rincones / sarna en los... riñones / fiebre y dolor. / Es lo que hemos podido encontrar / después de pelear contra el fascio invasor”, en los que se evidenciaba la desilusión con la que los prisioneros, que creyeron ver en la salida a Francia una esperanza, acogieron su encierro en los campos.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> El lamento del narrador es similar al que Aub expresó habitualmente al referirse al olvido al que habían sido condenados en España todos los exiliados y, en general, todos los que habían defendido el régimen republicano.

<sup>12</sup> La hostil actitud que mostraron el gobierno y los ciudadanos franceses mereció el reproche de los españoles. Según Naharro Calderón (2010: 105), el hecho de que Eulogio Ferrer se refiera a lo sucedido en los campos como “merde, merde, merde” ha de entenderse como una crítica irónica hacia el clásico lema revolucionario galo. En *El arte de volar*, novela gráfica publicada en 2010 tomando como base un escrito

Evidentemente, tanto en Aub como en Ferrer puede detectarse análoga voluntad de hacer de su literatura una forma de “resistencia” frente, por un lado, a la pasividad de la comunidad internacional y, por otro, a la actitud del régimen de Franco. Resulta necesario recordar, en ese sentido, que para la dictadura, quienes perdieron la guerra perdieron también su lugar en el proyecto colectivo español y fueron condenados al silencio, el olvido y la marginación más absoluta.<sup>13</sup> Frente a la “memoria oficial” franquista, para la que jamás existieron ni el exilio ni los campos de concentración franceses, los presos hubieron de construir una memoria subversiva capaz de transmitir y dar a conocer una realidad que se quiso ocultar. Esta función cognitiva de los testimonios de los internados, que viene a evidenciar la necesidad de incorporar a los filtros sociales de la memoria de la ciudadanía versiones alternativas de la historia, provoca que, desde un punto de vista pragmático, admitan una doble lectura. Si en su momento los textos concentracionarios nacieron como respuesta catártica a una situación crítica y como forma de llamar la atención a la opinión pública,<sup>14</sup> su interpretación actual admite una lectura

---

autobiográfico de Antonio Altarriba, luchador republicano que conoció los sinsabores del exilio y los campos galos, al describir el improvisado centro de refugiados que se instaló en la playa de Saint-Cyprien se afirma con cierto desencanto no exento de queja que “todo lo que ofrecían los franceses era arena, mar y cielo” (Altarriba, 2010: 79).

13 La dictadura se apropió del concepto de “españolidad” –recuérdese, por ejemplo, cómo en la guerra se hablaba de “bando nacional” o cómo en los memoriales a los muertos en la contienda se recordaba a los “caídos por Dios y por España- e hizo coincidir los valores constituyentes de ese modelo con los suyos descalificando al régimen republicano y relegándolo, por encima de oposiciones políticas, a la categoría de “enemigo de la patria”. El proceso de deslegitimación del régimen republicano y de sus representantes se aderezó con una visión de la Guerra Civil en la que el horror, el crimen y la violencia gratuita sólo tenían cabida en el bando derrotado. De este modo, se hizo imposible que los representantes y simpatizantes del bando republicano pudieran ser reconocidos como miembros de pleno derecho de la sociedad. De hecho, siguieron siendo considerados enemigos incluso varias décadas después de la guerra, pues, como ha explicado Carlos José Marquez (2006: 86), “en la historiografía franquista, se realizaba una verdadera operación ideológica de deshumanizar al “rojo”: el “rojo” era un verdadero subhumano con apariencia humana, un ser incapaz de reconocer a su Dios, a su nación –como antiespañol-, o a su familia, y además estaba subordinado a poderes extranjeros”.

<sup>14</sup> Teniendo esto en cuenta pueden entenderse actitudes como la de Jaime Espinar (1940: 5), quien, en el prólogo de su obra de 1940 *Argelès-Sur-Mer. Campo de concentración para españoles*, apeló a la “conciencia americana” para que los

memorística que da voz a un colectivo al que se intentó expulsar de la historia y cuyo recuerdo, aún hoy, más de medio siglo después de su existencia, continúa afectado por la política de “amnesia colectiva” que la dictadura inoculó en la sociedad. Tal y como ha señalado Bernard Sicot<sup>15</sup> (2008), “si las circunstancias han sido en gran parte aclaradas por la investigación historiográfica, aún falta completar el examen de las representaciones literarias y/o testimoniales a las que han dado lugar” el drama de los campos franceses.

### 3. LA DESHUMANIZACIÓN

Prácticamente todos los testimonios inciden en las malas condiciones vitales que hubieron de sufrir los presos, marcadas, como señaló Avel·lí Artís-Gener (1975: 79) por “frío, viento, tinieblas, humedad, hambre, harapos, miseria, rebaño, parásitos, excrementos, enfermedad...”. Cate-Arries (2004: 122) ha explicado cómo casi todos los testimonios de los internados muestran de qué forma “las imágenes de muerte y de disolución, insinuaciones de la negación y la nada, son las más penetraciones del estéril paisaje: viento, agua y arena parecen contribuir a la aniquilación de los refugiados españoles”.

En el fondo, lo que se expone en todos los textos concentracionarios es el modo absolutamente deshumanizado con el que fueron tratados los prisioneros. Es habitual, en ese sentido, que casi todos quienes escribieron sobre lo sucedido en los campos mencionen, como símbolo de la humillación a la que fueron sometidos, los gritos de “allez, allez” con los que los guardias instaban a los españoles a desplazarse de un lado a otro. Estas palabras, “que se utilizan normalmente en francés para obligar a moverse a las personas y hacer saltar a los animales en el circo [...] con un sentido peyorativo” (Caudet, 2005: 76) fueron para muchos refugiados las primeras que escucharon o aprendieron en francés. No en vano, aparecen en numerosas composiciones como marcas del desprecio con el que se recibió a los españoles, tal y como consignaron Silvia

---

países hispanoamericanos protestaran contra el maltrato sufrido por los españoles en los campos, actuaran para conseguir su liberación y, llegado el caso, facilitaran su salida de Europa.

<sup>15</sup> Sicot es el responsable de *Literatura española y campos de internamiento. Corpus razonado (e incompleto)* (2008), un trabajo imprescindible para el análisis de los textos surgidos de las vivencias generadas por los refugiados en los campos franceses en el que se catalogan y caracterizan más de 150 obras sobre el tema.

Mistral (2009: 78) en *Éxodo. Diario de una refugiada española* –“otra ve el trágico ‘allez, allez’ resuena en nuestros oídos”- o Melitón Bustamente Ortiz (apud Caudet, 2005: 76) en el poema “Campos” –“Circulad, hombres enjaulados / corred por la playa lacerada / pisad sin tregua la arena / destilada vuestro monte de pena. / Os han vencido, habéis perdido. / Allez, allez, / circulez”-. Lejos de ser baladías, la mención al “hombre enjaulado” del poema y la reflexión de Caudet sobre el uso de la expresión “allez, allez” para dominar el comportamiento de los animales resultan de sumo interés para comprender tanto el modo en que fueron tratados los prisioneros como la forma en que se sintieron: como auténticos seres infrahumanos, más cercanos a los animales que a sus congéneres por el sistemático ultraje al que fueron sometidos. De hecho, son múltiples los testimonios en los que los prisioneros se comparan, bien a través de metáforas, bien a través de símiles, con animales. Artís-Gener (1975: 58), por ejemplo, explicó como la única forma de sobrevivir en los campos se basó en “una defensa puramente animal”:

Ante la inclemencia de la vida [...] como animales, defendimos nuestros cuerpos con el calor recíproco. Sobre la nieve del campo creamos la pirámide humana-animal defensiva. [...] Animales egoístas, de todos modos, peleábamos ferozmente.

De forma análoga, Lluís Ferrán de Pol (2003: 55-57) utilizó el recurso de la animalización para definir a los internos en *Campo de concentración*, el libro en el que rememoró su experiencia en Saint-Cyprien:

Somos bestias tristes [...]. Nosotros ya no somos hombres, sino una jauría hambrienta que persigue la comida con las bocas levantadas hacia el cielo [...]. Sólo tenemos sensaciones primarias: hambre, envidia, frío, sed... Da escalofríos sentirse a la vez tan lejos y tan cerca de la bestia.

En la obra concentracionaria de Max Aub puede observarse como los internos, conscientes del proceso de deshumanización al que estaban siendo sometidos, se identifican con “ratas”, “borregos” –en *Campo francés* (Aub, 2008: 354)–, “mulos” –en “Yo no invento nada” (Aub, 2006: 213)– o “perros” –en “Historia de Vidal” (Aub, 2006: 144). Además, es constante en sus textos la utilización de la injuria animalizadora para exponer la humillación a la que continuamente

eran sometidos lo internos. En *Campo francés*, uno de los militares encargados de la organización de Rolland Garros se refiere a los detenidos trasladados a las instalaciones del campo como “reata de mulas” (Aub, 2008: 53), mientras que en el relato “Una historia cualquiera” se amenaza a los internos con fusilarlos “como a perros” (Aub, 2006: 130) si no permanecen en silencio y obedecen las consignas. A los golpes y a los insultos se le sumaba la aplicación de formas de comportamiento inapropiadas –e indignas– para los seres humanos. En “Una historia cualquiera”, por ejemplo, se narra cómo durante la marcha de París a Vernet los internos fueron confinados primero en un “campo de verdad, el campo de los borregos y de las vacas” y después “en el corral de una alquería grande” (Aub, 2006: 130).

Del proceso deshumanizador al que fueron sometidos los prisioneros dan fe también los numerosos testimonios que hacen hincapié en la violencia física con la que fueron tratados,<sup>16</sup> en la repugnancia que rodeaba la vida en el campo, donde la higiene y la salubridad brillaban por su ausencia –“olemos a mierda y somos olor de mierda. Nos falta saliva para escupir el asco”, escribía Eulalio Ferrer (1988: 58) en su diario *Entre alambradas*–,<sup>17</sup> y en la progresiva desaparición de sus señas de identidad personales:

El rostro de uno y de todos. Rostros y rostros. Rostros difíciles sellados por la boca. Un mismo y distinto rostro repetido infinitamente por la mecánica de la soledad. Máscara de polvo, ojos lastrados hacia adentro, bocas barrenadas por la ira y el fulgor del tiempo. El rostro de nadie y de todo el mundo, con manchas de pólvora y de sal [...]. Un

<sup>16</sup> La violencia sistemáticamente ejercida en los centros de concentración a través de maltratos físicos y humillaciones verbales es uno de los elementos que con más intensidad contribuyen a hacer de los espacios descritos en los textos entornos hostiles. El hecho de que los prisioneros fueran golpeados de forma continua y gratuita no sólo conllevaba su degradación corporal, sino que también contribuía a ver menoscabada su propia condición de ser humano, pues no son los golpes un medio de comunicación convencional entre los hombres.

<sup>17</sup> Son significativas, en ese sentido, las continuas alusiones a las enfermedades de los internos –y en especial a la diarrea, convertida en auténtica plaga de los campos– que pueden encontrarse en los testimonios, como demuestra el siguiente pasaje, obtenido de una entrada del *Diario de un fotógrafo* en el que Agustí Centelles (2009: 58) fue dando cuenta de su internamiento en Argelés-sur-Mer: “Tengo una diarrea que me deshago. Desde ayer he tenido que hacer de vientre diez veces. Por la noche me he tenido que levantar dos veces. Aquí es el mal general, a todo el mundo le coge”.

rostro, sólo un inmenso rostro, siempre el mismo ahora (Bartra, 1970: 19).

Lo que evidencia la denigración sufrida por los refugiados republicanos es que, como ha señalado José María Naharro-Calderón (1998: 70), bajo la existencia de los campos franceses subyace un mecanismo por el que se intenta excluir de la vida convencional a “toda clase de otredad” –representada, en este caso, por la nacionalidad y la ideología–.<sup>18</sup> No en vano, aunque los centros de refugiados no se regían, como otras realidades concentracionarias como la nazi, por una lógica exterminadora, en ellos la supervivencia era un todo un desafío, como demuestra, por ejemplo, que en Vernet, situado en la falda pirenaica, el frío en los meses invernales fuera tan intenso que durante 1939 más de cincuenta prisioneros fallecieron con síntomas de congelación.<sup>19</sup> La muerte, de hecho, era omnipresente en Vernet. Las bajas temperaturas, el hambre, las duras condiciones de trabajo, la violencia y la degradación física que sufrieron los internos del campo francés redujeron notablemente su esperanza de vida y convirtieron la muerte en el destino habitual de gran parte de ellos. Tal y como ha expuesto Gerard Malgat (2007: 104), semejante situación se produjo también en Djelfa, que llegó a ser conocido como el “campo de la muerte”:

Las condiciones de vida allí son muy difíciles: los reclusos deben hacer frente a un clima rigurosa, un alojamiento malsano bajo tiendas *marabouts* apenas equipadas con mantas, un suministro de comida dudoso y variable según los recursos financieros para pagar a los proveedores locales... Las condiciones de higiene son muy malas y numerosos presos son víctimas de enfermedades contagiosas o

<sup>18</sup> Similar al sentido de las palabras de Naharro-Calderón es que late en las reflexiones que sobre la experiencia concentracionaria ha efectuado Todorov (1991).

<sup>19</sup> Arthur Koestler (1941: 19), que permaneció en Vernet varios meses, afirmó en su libro testimonial *La escoria de la tierra* que “la mitad de los prisioneros dormían sin mantas con [temperaturas de] veinte grados bajo cero” (Koestler, 1941: 47). La descripción que el autor húngaro expuso del campo francés resulta de sumo interés por la comparación que en ella se establece con el campo nazi de Dachau, en el que también estuvo internado en la década de 1940: “El campo de Vernet estaba por debajo del campo de concentración nazi, desde el punto de vista de la comida, de las construcciones y del higiene. Comparado con Dachau era todavía soportable. En el campo de Vernet los golpes eran cotidianos; en Dachau se golpeaba a uno hasta que muriera. En el campo de Vernet se moría la gente por falta de atención médica; en Dachau se mataba a la gente adrede”.

epidemias favorecidas por la desnutrición. Día tras día, el director del campo transmite notas necrológicas que recogen como causa de las defunciones expresiones tales como “vejez precoz”,<sup>20</sup> “tuberculosis pulmonar”, “caxequia e insuficiencia cardíaca” o “fiebre paratifoidea”, entre otras.

Ante tales condiciones, no resulta extraño que los textos de los refugiados expongan el poder del campo de concentración para convertir al ser humano en un mero guiñapo a merced de las circunstancias, incapaz de tener más inquietudes o preocupaciones que las derivadas de la propia supervivencia en un contexto tan duro como insoportable.

#### 4. LA IDENTIDAD COLECTIVA

A pesar de que comparten con otros testimonios concentracionarios su preocupación por la supervivencia, su reflejo de la degradación y su intención de convertirse en memoria activa de las sociedades, es perceptible en los testimonios de los refugiados republicanos una intención localista y nacional, provocada por la vinculación de su drama personal con el recuerdo de la contienda de España. Para quienes escaparon del país, huyeron a Francia y fueron internados en campos de concentración, su periplo sólo cobraba sentido al ser puesto en relación con la experiencia de la Guerra Civil. De ahí que sus obras puedan ser leídas, además de como testimonio de lo que supuso la realidad concentracionaria, como un engranaje más dentro del proyecto referencial y comprometido que caracterizó a la literatura de los autores republicanos desde la década de 1930. Sus textos supusieron una forma de tomar posición ante el recién creado por entonces régimen franquista y de advertir a la opinión pública internacional de sus horrores y de los que parecían avecinarse en el corazón de Europa. Además, el hecho de que los autores que pasaron por campos de concentración franceses fueran también exiliados conecta sus obras con muchos de los temas y tópicos propios de la literatura de quienes han abandonado forzosamente su patria, pues,

<sup>20</sup> El diagnóstico de “vejez precoz” es buen ejemplo de cómo se intentó esconder la verdadera realidad del campo a través de un lenguaje repleto de eufemismos. Referirse al envejecimiento prematuro como causa de la degeneración física y mental de los internos implicaba olvidar conscientemente los golpes, el frío, el hambre y, en general, las pésimas condiciones vitales en que éstos habían de vivir.

según Francie Cate-Arries (2007: 4), “el territorio de los campos parece ser [...] una zona cero, una resbaladiza tierra transicional entre el lugar de la patria y el país adoptivo”, con lo que puede ser interpretado como un espacio destinado para la evocación y la memoria de los exiliados. Agustí Bartra (1970: 8 y 12) se refirió en *Cristo de 200.000 brazos* al colectivo español confinado en los campos franceses como “ciudad de derrota”, vinculando con ello su situación con las consecuencias de la Guerra Civil.

Para entender esta relación entre cautiverio y guerra se ha de tener en cuenta que para quienes abandonaron España en 1939 el exilio fue considerado en un primer momento como una situación transitoria que vería su final a muy corto plazo. El colectivo republicano exiliado observaba con inquietud el desarrollo de la II Guerra Mundial, convencido –y esperanzado– en la que victoria aliada supondría el final de la dictadura franquista y la reimplantación de la democracia. De ahí que resistir la dura vida del campo fuera visto como un requisito necesario para poder presenciar el triunfo definitivo de la República. De hecho, Manuel Andújar (1990: 24) llegó a distinguir dos tipos de presos entre el colectivo de republicanos internado: por un lado, los que él denominaba “tránsfugas”, quienes prefirieron regresar a la España de Franco –y verse abocados con ello a una segura represión– a permanecer en los campos; por otro, quienes consideraban que volver era una forma de claudicar y se quedaron en los campos, llenos “de entusiasmo, de fe en la lucha, de patriotismo enardecido”.

Así, la derrota parcial que suponía estar en los campos fue trascendida al concebir el ámbito concentracionario como un espacio de lucha. Sólo de esa forma puede entenderse que, por ejemplo, Ferrer (1988: 37) inicie su escritura de *Entre alambradas* el 14 de abril de 1939, primer aniversario de la proclamación del gobierno republicano conmemorado en la posguerra, refiriéndose al ambiente de fiesta vivido en el campo de Argèles-sur-Mer ese día, en el que “nadie se queja, [...] hay vivas para todos los gustos y todos hablan con todos: cuando la esperanza parecía derrotada en la confesión personal, resurge impetuosamente en esta manifestación colectiva”. También en su texto se informa de cómo el aniversario del golpe de Estado del 18 de julio se vivió en los campos franceses honrando “a los que cayeron” y cantando “por una libertad en cautiverio, preferida al cautiverio sin libertad y con la muerte [...] de Madrid, [donde] habrá desfiles victoriosos, encabezados por moros” (Ferrer, 1988: 110). De

forma análoga, en *Saint Cyprien Plage. Campo de concentración* Andújar (1990: 58) evoca, además de la celebración del 14 de abril, la del día de trabajador, afirmando que los españoles confinados en el campo conmemoraron la fiesta proclamando que “la lucha no ha terminado”.

Casi todos los testimonios concentracionarios inciden en la superioridad ética de los internados frente a sus captores, al tiempo que alaban el valor de quienes mantuvieron firmes sus ideales a pesar de haber sido condenados al horror concentracionario por defenderlos. Aferrarse a una causa con la que dar sentido a la horripilante experiencia es lo que hizo que muchos presos políticos no perdieran jamás la dignidad, como sí fue habitual en otros espacios concentracionarios, en los que la lucha por la supervivencia conllevó actitudes inmorales. Así lo demostró Manuel Andújar (1990: 81), que afirmó en su obra cómo los españoles “censuraban con dureza” a los presos que “al humillarse [recogiendo las sobras de la comida de los guardas]”, humillaban a todo el colectivo. La actitud de “resistencia simbólica” de los presos contrastaba, por un lado, con la de quienes vivían en libertad y no estaban dispuestos a comprometerse de ningún modo para no verse privados de ella y, por otro, con la de los responsables de los campos, a menudo presentados como seres necesitados de la violencia y la brutalidad para amedrentar a los prisioneros y legitimarse así frente a ellos.<sup>21</sup>

## 5. ENTRE LA DENUNCIA Y LA RESISTENCIA

Más allá de sus valores cognitivos y apelativos, por los que se permitió informar a la opinión pública del horror que se estaba produciendo tras las alambradas de los campos franceses, el corpus concentracionario permitió configurar una identidad grupal marcada tanto por el traumático y violento presente compartido como por el

<sup>21</sup> Paradigmático resulta, en ese sentido, el poema de Aub (1998: 56) “Romance de Gravela”, en el que se evoca a uno de los responsables del campo de Djelfa a través de la continuación repetición de los versos “Cómo quieres que te olvide / tú, Gravela, hijo de puta”. Además de por su sentido degradante, el poema destaca por recoger el sentido dual del concepto de memoria expuesto en estas páginas, pues con ellos Aub expone tanto que no puede olvidar su sufrimiento como que no quiere olvidarlo para que pueda ser conocido por las generaciones venideras.

pasado común republicano.<sup>22</sup> De este modo, los textos de los refugiados españoles supusieron, al igual que los del corpus exiliado en el que se integran, una forma de resistencia ante el recién creado por entonces régimen franquista, al luchar contra la disgregación a la que fueron sometidos con su marcha del país y al dar voz a un colectivo condenado al silencio y a la marginación.

### BIBLIOGRAFÍA

- Achillona, Mercedes (2010), “El exilio en primera persona”, en Mercedes Achillona (ed.), *Sujeto exílico: epistolarios y diarios*, San Sebastián, Hamaike Bide, pp. 9-13.
- Altarriba Antonio y Kim (2010), *El arte de volar*, Alicante, Edicions de Ponent.
- Andújar, Manuel (1990), *Saint Cyprien Plage. Campo de concentración*, Huelva, Diputación de Huelva.
- Artís-Gener, Avel·lí (1975), *La diáspora republicana*, Barcelona, Euros.
- Aub, Max (1998), *Diario de Djelfa*, Valencia, Edicions de la Guerra y Café.
- (2006), *Obras completas Vol. IV-B. Relatos II* [incluye: “El cojo”, “Cota”, “Manuel, el de la Font”, “Un asturiano”, “Santander y Gijón”, “Alrededor de una mesa”, “Teresita”, “Yo no invento nada”, “Una historia cualquiera”, “Vernet, 1940”, “Historia de Vidal”, “Enero sin nombre”, “Un traidor”, “Ruptura”, “Espera”, “Los creyentes”, “Una canción”, “Librada”, “Manuscrito cuervo: Historia de Jacobo”, “Ese olor”, “Djelfa”, “Playa en invierno”, “Amanecer en Cuernavaca”, “La ley”, “El limpiabotas del Padre Eterno”, “De cómo Julián Calvo se arruinó por segunda vez”, “La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco”, “La merced”, “Homenaje a Lázaro Valdés”, “Lérida y Granollers, 1938”, “Un atentado”, “Entierro de un gran editor”, “El Zopilote”, “El remate”, “El cementerio de

<sup>22</sup> Según Josefina Cuesta (2008: 181), esta configuración grupal permaneció activa tras la salida de los españoles de los campos, pues “la defensa de una herencia histórica y cultural (...) hizo del exilio una resistencia cultural”.

- Djelfa”, “El baile”, “El sobresaliente”, “Reverte de Huelva”, “El testamento”, “La llamada”, “De los beneficios de las guerras civiles”, “El que ganó Almería”, “La guerra es lo mejor”, “Realidad del sueño” y “Proclamación de la Tercera República Española”], Valencia, Generalitat Valenciana – Diputació de Valencia.
- (2008), *Campo francés*, Madrid, Castalia.
- Bartra, Agustí (1970), *Cristo de 200.000 brazos*, Barcelona, Plaza & Janés.
- Cate-Arries, Francie (2004), *Spanish Culture behind Barred Wire: Memory and Representation of the French Concentration Camps, 1939-1945*, Lewisburg: Bucknell University Press.
- (2007), “El archivo fotográfico de los campos de concentración en Francia: nuevas miradas sobre la República desde el exilio”, en [http://www.secc.es/media/docs/31\\_3ARRIES.pdf](http://www.secc.es/media/docs/31_3ARRIES.pdf) (13 de diciembre de 2010).
- Caudet, Francisco (2000), “Introducción biográfica y crítica”, en Max Aub, *Campo de los almendros*, Madrid, Castalia, pp. 7-112.
- (2005). *El exilio republicano de 1939*, Madrid, Cátedra.
- Cedena, E. (2004), “Exilio y vida: los diarios de Zenobia Camprubí”, en María Ángeles Hermosilla Álvarez y Celia Fernández Prieto (eds.), *Autobiografía en España, un balance: actas del congreso internacional celebrado en la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba del 25 al 27 de octubre de 2001*, Madrid, Visor, pp. 343-360.
- Centelles, Agustí (2009), *Diario de un fotógrafo*. Barcelona, Península.
- Chiantaretto, Jean François (1995). *De l’acte autobiographique*. París, Champ Vallon.
- Chueca, Josu (2007), *Gurs: el campo de los vascos*, Pamplona, Txalaparta.
- Cuesta, Josefina (2008), *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España en el siglo XX*, Madrid, Alianza.
- Espinar, Jaime (1940), *Argelès-Sur-Mer. Campo de concentración para españoles*, Caracas, Elite.
- Ferrán de Pol, Lluís (1993), *Campo de concentración*, Arenys de Mar, Ajuntament de Arenys de Mar.
- Ferrer, Eulalio (1988), *Entre alambradas*, Barcelona, Grijalbo.
- Koestler, Arthur (1941), *La escoria de la tierra*, Buenos Aires, Sudamericana.

- López de la Vieja, María Teresa (2003), *Ética y literatura*, Madrid, Tecnos.
- Martínez, Josebe (1998), “Hegemonía intelectual, exilio y continuidad histórica”, en Manuel Aznar Soler (ed.), *El exilio literario español de 1939: actas del Primer Congreso Internacional*, Bellaterra: Gexel, pp. 325-333.
- Malgat, Gerard (2007), *Max Aub y Francia o la esperanza traicionada*, Segorbe – Sevilla, Fundación Max Aub – Renacimiento.
- Mistral, Silvia (2009), *Éxodo. Diario de una refugiada española*, Barcelona, Icaria.
- Molero, Alicia (2000), *La autoficción en España. Jorge Semprún, Carlos Barral, Luis Goytisolo, Enrique Antolín y Antonio Muñoz Molina*, Berna, Peter Lang.
- Naharro-Calderón, José María (1998), “Por los campos de Francia: entre el frío de las alambradas y el calor de la memoria”, en Alicia Alted Vigil y Manuel Aznar Soler (coords.), *Literatura y cultura del exilio español de 1939 en Francia*, Bellaterra: Gexe, pp. 307-328.
- (2010), “Para un diagnóstico traumático de las memorias concentracionarias españolas en Francia (1939-1944): de lo campos metropolitanos a los de las colonias”, en Bernard Sicot (coord.), *La littérature espagnole et les camps français d'internement (de 1939 à nos jours)*, París, Le Découverte, pp. 111-122.
- Nickel, Claudia (2010), “Leer la literatura concentracionaria desde una perspectiva transnacional”, en Bernard Sicot (coord.), *La littérature espagnole et les camps français d'internement (de 1939 à nos jours)*, París, Le Découverte, pp. 65-76.
- Plummer, Ken (1989), *Los documentos personales: introducción a los problemas y la bibliografía del método humanista*, Madrid, Siglo XXI.
- Rafaneau-Boj, Marie Claude (1995), *Los campos de concentración de los refugiados españoles en Francia (1939-1945)*, Barcelona, Omega.
- Soldevilla Oria, Consuelo (2001), *El exilio español (1808-1975)*, Madrid, Arco / Libros.
- Sicot, Bernard (2008), “Literatura española y campos franceses de internamiento. Corpus razonado (e inconcluso)”, en <http://ccec.revues.org/index2473.html> (20 de enero de 2011).
- Todorov, Tzvetan (1991), *Face a l'extreme*, París, Seuil.